

# La historia de las preguntas ¿Por qué? Una historia de la filosofía para niños

Reflexiones en torno a la filosofía como arte del preguntar o como  
máquina de plantear problemas

José Ezcurdia\*

*Este texto tiene como objeto el hacer de la presentación del texto La historia de las preguntas ¿por qué? Una historia de la filosofía para niños el detonador para llevar a cabo una breve reflexión sobre las cauciones metodológicas y las implicaciones éticas y epistemológicas de la determinación de la filosofía como arte del preguntar o como máquina de plantear problemas. Tras rastrear algunos de las vertientes históricas fundamentales en las que se constituye dicha determinación del discurso filosófico, se abordan algunos pasajes de la mencionada obra infantil, subrayando su carácter crítico-problemático.*

¿La filosofía como un arte del preguntar? ¿La filosofía como una máquina de plantear problemas? ¿Acaso la filosofía no tendría que dar respuesta a las eternas interrogantes que acompañan tanto a lo humano como a lo real? ¿Acaso la filosofía no tendría que proporcionarnos las verdades a partir de las cuales hemos de construir nuestra persona y nuestros grupos sociales, y aun formarnos una imagen inteligible de la realidad? ¿Por qué hacer de la filosofía un arte del preguntar? ¿Qué gana la filosofía al constituirse como una máquina de plantear problemas? ¿Es que el despliegue de la razón no alcanza su completa satisfacción si no es a través del preguntar? ¿Es que el preguntar mismo es un elemento fundamental en la determinación de la verdad filosófica? ¿Por qué el preguntar aparecería como elemento constitutivo de las verdades de la filosofía? ¿Podemos afirmar que existen verdades que suponen un preguntar y verdades que se sostienen por su propia inercia? Si es así, ¿cuál es la diferencia cualitativa entre estas verdades que nacen de la pregunta ‘¿por qué?’ y aquellas otras que se conforman justo con su propia forma repetitiva? Recordemos el origen de la palabra problema. Problema en griego dice obstáculo (*problema*). Entonces hacer una pregunta, plantear un problema, implica crear un obstáculo, plantear un desafío<sup>1</sup>. Y un obstáculo, para ser vencido, supone —por la resistencia que

---

\* Instituto de Investigaciones en Educación, Universidad de Guanajuato.

presenta— tanto una concentración de la atención, como un esfuerzo de la voluntad. De esta manera, cuando una pregunta es respondida, cuando un problema es resuelto, lo que se gana, es una verdad que aparece como una verdad concentración-esfuerzo, una verdad atención-voluntad, la cual, al desplegarse, penetra a la propia razón, pone a girar sus fundamentos y hace que ésta reciba el aliento de la intuición: plantear un problema es crear un obstáculo, que por el esfuerzo que suscita para ser salvado, aparece como el recuadro, el templo por el que una verdad intuitiva desciende a la tierra fértil de una razón que no es un puro esquema formal, sino ámbito expresivo de una voluntad y una conciencia por el que la verdad misma se constituye como una verdad creativa, como una verdad viva que involucra al hombre de manera integral.<sup>2</sup> Hacer una pregunta, plantear un problema, es hacer brillar una verdad viva en la que va nuestra propia vida, una verdad que es el espacio para construir, como una obra de arte, nuestro propio carácter y nuestra propia identidad. Las verdades de la filosofía han de ser verdades vivas, porque nacen de un preguntar, porque suponen un esfuerzo y una intuición por las que el hombre se da su propio rostro, por las que el hombre mismo, en un proceso auto-*poiético*, construye su propio camino, su forma misma de existir<sup>3</sup>. Las otras verdades, las verdades que se sostienen por su propia inercia, que no suponen un preguntar, aun siendo resultado del ejercicio de la razón, son incapaces entonces de desatar un proceso creativo. Hablemos un poco de estas últimas verdades. ¿Qué sucede cuando una verdad no tiene el

---

<sup>1</sup> Cfr. Colli, Giorgio, *El nacimiento de la Filosofía*, Tusquets Ed, p. 68: “El nombre con el que las fuentes designan el enigma es “problema”, que originariamente y en los trágicos significa obstáculo, algo que se proyecta hacia delante. Y, de hecho, el enigma es una prueba, un desafío al que el Dios expone al hombre. Pero el mismo término “problema” sigue vivo y ocupando una posición central en el lenguaje dialéctico, hasta en el punto de que en los Tópicos de Aristóteles significa “formulación de una investigación”, con lo que designa la formulación de la pregunta dialéctica que da inicio a la discusión”.

<sup>2</sup> Respecto a las consecuencias existenciales que supone el planteamiento de los problemas, Cfr. González Juliana, en *Teoría* 1980, I, I, “Sócrates y la praxis interior”, p. 57: “La sabiduría es obra de la mayéutica, es acto de “parir” el conocimiento y parirse a sí mismo. El saber moral (la virtud o *areté*) no puede ser conocimiento adquirido del exterior, no es enseñable, sino que requiere ser alumbrado, literalmente “concebido”, por el hombre mismo como acción interior “que da a luz” la verdad propia, el propio bien (autos). Sabiduría es autenticidad.

<sup>3</sup> *Op. cit.*, p. 59: “La sabiduría socrática es autodominio y templanza. Si el afán de poder o dominio puede caracterizar la tendencia filosófica, en oposición a la socrática, Sócrates, y con él la vida ética, representa justamente la posibilidad humana de una praxis y una *poiesis* específicas por las cuales el hombre supera sus afanes de poderío transformando su propia naturaleza y creando precisamente esa especie de “segunda naturaleza” que es el *ethos* (carácter).

respaldo de la atención y la voluntad? La verdad misma es asumida como verdad sólo por la inercia y la pasividad en la que se constituye: las verdades-inercia, las verdades-pasividad, aparecen como hijas de la pereza, hijas de la relajación. ¿Qué sucede cuando una verdad se constituye como un mero esquema formal, pleno de corrección, pero que carece del aliento de la intuición? La verdad misma es asumida como verdad, sin detonar justo el proceso creativo por el que hemos de construir nuestro carácter y la forma de nuestros días: las verdades pasivas se constituyen pues como mera repetición, como un adiestramiento por el que nuestra mente prolonga la propia inercia que se afirma como esclavitud, sin poder dar a luz una persona que se tiene a sí misma como causa y como gobierno. El adiestramiento, la corrección, la pasividad, el ciego hábito y el ciego cumplimiento del deber moral, aparecen como expresiones de las verdades que no han preguntado, que no son capaces de dar vida. La tutela, la coherencia interna, la apatía, resultan la forma de las verdades que no pueden movilizar a la voluntad para que el hombre haga de su existencia la expresión de un carácter que es capacidad de autodeterminación<sup>4</sup>. Las verdades pasivas han de impedir que el hombre coseche su forma como hombre, pues cortan de tajo la intuición por la que éste, a diferencia de los animales, puede vincularse a su propio principio vital, volver sobre sí mismo para ser su propia causa, y articular sus acciones en un poder creativo y una afirmación que es juego, juego que crea sus propias reglas a medida que se despliega, danza, risa... libertad. Pero volvamos un momento sobre los animales. Los animales articulan su conducta en una corporalidad sensomotora que se sostiene por el circuito percepción-afección-

---

<sup>4</sup> Respecto al carácter pasivo que puede presentar el carácter del hombre y la génesis de la verdad, cuando carece del respaldo de un proceso creativo que se traduce en un esfuerzo de autodeterminación. Cfr. Bergson, DF, 995, 19-20, en *Ouvres*, PUF, 1972: “Pensemos en una hormiga que tuviera un atisbo de reflexión y diera en pensar que es necio trabajar sin descanso para las demás. Sus tentaciones de pereza no durarían, desde luego, más que unos instantes, el tiempo que brillara la luz de la inteligencia. En el último de los instantes, cuando el instinto, al recuperar su superioridad, la devolviera por la fuerza a su tarea, la inteligencia, reabsorbida por el instinto, diría a modo de adiós: es preciso porque es preciso. Este ‘preciso porque es preciso’ no sería más que la conciencia momentánea de una presión sufrida, la tracción que ejercería el hilo al estirarse tras haberse aflojado momentáneamente. [...] En pocas palabras, un imperativo absolutamente categórico es de naturaleza instintiva o sonámbula; o se le experimenta como tal en el estado normal, o se le representa como tal si la reflexión despierta el tiempo suficiente como para que pueda formularse, pero no tanto como para que pueda buscar razones. Pero, entonces, ¿no es evidente que en un ser racional un imperativo tenderá a tomar la forma categórica tanto más cuanto más la actividad desplegada, aunque inteligente, tienda a adoptar una forma instintiva? Ahora bien, una actividad que, aunque inteligente en principio, deriva hacia una imitación del instinto, es precisamente lo que se llama, en el hombre, un hábito.”

reacción: un perro, por ejemplo, ve a otro perro (percepción), entonces tiene el impulso de morderlo y se le eriza el lomo (afección) y en efecto, va y lo muerde (reacción). La corporalidad refleja y sensomotora de un perro es también principio de una corporalidad disciplinada: a un perro se le da una orden: —¡la pata!— (percepción), como el perro no entiende, mediante un golpe que crea miedo (afección), el entrenador se asegura de que el perro dará la pata (reacción). Seguramente con el paso del tiempo, después de la orden —¡sentado!— el perro tendrá la afección correspondiente, en este caso placer, pues su reacción, se verá recompensada con una galletita... ¿Acaso las verdades pasivas no funcionan de la misma manera? ¿Acaso las verdades pasivas no suponen una conciencia que se ve reducida a una corporalidad sensomotora que en última instancia es una corporalidad disciplinada, la cual resulta el principio de un ciego y repetitivo cumplimiento del deber moral? ¿Acaso la corporalidad disciplinada no es el reflejo de una moral racional y heterónoma articulada en un arcoiris de verdades esquemáticas, incapaces de brindarle al hombre la intuición y la emoción creadora en la que se cifra su completa humanidad?<sup>5</sup> Volvamos al análisis del circuito percepción-afección-reacción y su relación con las verdades pasivas, que bien ya podemos ir llamándolas, verdades-mentira. En ese sentido, a la luz del propio circuito percepción-afección-reacción, es conveniente revisar el horizonte de la moral heterónoma por excelencia: la televisión y sus imágenes idiotas (en el sentido noble del término). Percepción = plano general = los indios que desde lo más alto de la pradera, descienden en estampida para atacar el poblado vaquero. Afección = close up (acercamiento) = el rostro del cow boy que detrás de las barricadas muestra temor e ira ante el ataque apache. Reacción = plano americano (cintura para arriba), el vaquero que corta el cartucho de su escopeta y dispara. Podríamos ser aún más gráficos: Percepción = plano general = coche último modelo que reposa en un bello jardín. Afección = close up = junto al coche último modelo se pasea una rubia encantadora (Vemos de cerca los senos de la rubia). Reacción = plano americano = un individuo —en última instancia, el propio televidente— maneja el coche último modelo, claro, en compañía de la rubia: la verdad que se nos ofrece en la televisión, la verdad que se nos ofrece en

---

<sup>5</sup> *Op. cit.* en DF, 1011, 40: “Hay que distinguir dos especies de emoción, dos variedades del sentimiento, dos manifestaciones de la sensibilidad, que no tienen entre sí otra cosa en común que el ser estados afectivos distintos de la sensación y el no reducirse, como ésta, a la mera transposición psicológica de una excitación física. En la primera, la emoción es consecutiva de una idea o imagen representada; el estado sensible es resultado, desde luego, de un estado intelectual que no le debe nada, que se basta a sí mismo y que, si sufre su efecto de rebote, entonces pierde más de lo que gana. Lo que ocurre es una agitación de la sensibilidad a causa de una representación. Pero la otra emoción no es determinada por una representación de la que sería la continuación y de la que seguiría siendo distinta.”

este silogismo del deseo, es una verdad pasiva, una verdad en la que el hombre desea lo que *alguien que no es él mismo quiere que desee*, una verdad que se sostiene porque el hombre no se afirma como hombre, porque el hombre no se atreve a preguntar: ‘¿realmente deseo un coche último modelo?’ ‘¿realmente deseo tomar Coca-cola?’ ‘¿realmente deseo asumir todas las verdades que como los productos televisivos, nos ofrecen, muy razonablemente, la Familia, la Iglesia, el Estado, la propia sociedad?’<sup>6</sup> Así, la filosofía, entendida ésta como un arte del preguntar, aparece como una máquina para problematizar a la cultura en su conjunto:<sup>7</sup> ¿Y si las nociones de Ciudadano, Democracia, Globalización, no fuesen más que verdades-mentira, verdades instituidas por el Poder por las que los hombres no se ganaran como hombres, sino que se vieran sujetos a una propaganda por la que, al ser víctimas de la obediencia, se articularan en una corporalidad disciplinada y se perdieran en los engranajes del trabajo asalariado, de la producción y el consumo, y del secuestro institucional? ¿Y si las nociones de Progreso, Civilización, Modernidad, no fuesen más que verdades impuestas por los dueños del dinero por las que los pueblos pobres fueran viendo cada vez más en mayor medida su vida reducida a la ignorancia, a la desnutrición, a un alcoholismo energúmeno y a la propia esclavitud? ¿Y si las nociones de Ciencia, Técnica y Verdad no fueran el ámbito por el que los hombres pudiesen asegurar su supervivencia, sino que resultaran fuentes de ecocidio, de una voraz e irracional manipulación de los recursos naturales, y de una gestión económico-policial de las poblaciones? Evidentemente, los coches último modelo, en sí mismos, no son nocivos. La democracia, como la propia Modernidad, no es en sí misma enajenante. La ciencia y la tecnología, por sí mismas, no son destructivas. Lo

<sup>6</sup> Al respecto es conveniente revisar los diferentes estudios que realiza Deleuze en sus textos *Imagen-Tiempo* e *Imagen-Movimiento*, respecto a la configuración del lenguaje fílmico como ámbito de la génesis de una verdad que es visión y poder creativo, o de otra que se monta sobre un esquema meramente sensoriomotor y se traduce en una verdad que es sólo adiestramiento.

<sup>7</sup> Al respecto, Cfr. Miguel Morey, en Foucault, *Un diálogo sobre el Poder*, Alianza, 2000, p. VII, quien analizando el pensamiento de Foucault, pone de relieve la función crítico-problemática de la filosofía, como condición del ejercicio del pensar: Las entrevistas y debates que se recogen en el presente volumen (*Diálogos sobre el poder*) avalan, creo que de modo ejemplar, el profundo interés de este paradójico escritor que irrumpió en el panorama cultural interrogándose por la pertinencia de la participación entre razón y locura, y cuya obra, en lugar de ser una apología de la sin razón, constituye un cuerpo de interrogantes terriblemente razonables. En el juego de preguntas y respuestas que siguen a estas páginas se persigue de mil modos la pregunta última, la más grave —aquella que tradicionalmente estaba reservada a los dioses: la pregunta por el porvenir. La presencia misma de Michael Foucault en el seno del pensamiento contemporáneo es una interrogante —cumple precisamente con la función específica que debe cumplir una buena pregunta: *da que pensar*.

importante es *cómo* vivimos la democracia o la Modernidad, *cómo* es que los hombres le damos contenido a la civilización, *cómo* hacemos ciencia y tecnología. En suma, lo importante para la filosofía es el *proceso* en el que los hombres construimos lo que somos, esos símbolos y esas prácticas que se constituyen como verdad. La filosofía en ningún momento aspira a constituirse como agente de tráfico, ni como pastor de algún rebaño. La filosofía no busca ninguna tiranía. Lo que la filosofía busca, a base de preguntar, es cada quien se problematice a sí mismo y haga el esfuerzo por desplegar su capacidad creativa, por atender el llamado de su propia conciencia, por asumir su necesaria libertad y, como hemos dicho, parir su propia humanidad...<sup>8</sup> La filosofía busca generar verdades vivas, verdades que sean resultado del esfuerzo en el que el hombre se construye a sí mismo y no verdades-mentira que sostienen una cultura de la pasividad, del progreso-pasividad, del progreso-mentira, de la democracia y la Modernidad-mentira, de la ciencia-mentira, de los deseos-pasividad, de los deseos-esclavitud, de los deseos mentira que sostienen una cultura planetaria en la que la brecha entre ricos y pobres es cada vez más grande, en la que las selvas y los bosques se convierten en basureros, en la que los hombres cada vez en menor medida son causa de sí mismos y sólo desean aquello que los empuja atados de manos a la oscura caverna de la ciega producción y del ciego consumo, de la ciega tecnología, del ciego ecocidio, como perros amaestrados que viven en jaulas y corrales, en sociedades policiales, vigiladas y castigadas; incapaces de gobernarse a sí mismos, de hacer de la afirmación de su persona creación, danza y ofrenda, alegría y generosidad; incapaces de voltear a un lado para reconocer al otro, al próximo, al hermano, al ustedes que somos nosotros; en suma, incapaces de preguntarse justo por la forma de sus propios días e incapaces de dar a luz su propia humanidad.

Ahora bien, antes de abordar el texto, *La Historia de la preguntas ¿por qué? Una historia de la filosofía para niños*, es conveniente reconocer que este manejo de planteamientos recién esbozados relativos a la filosofía como arte del preguntar, hace eco de las doctrinas de algunos de los filósofos de la tradición. El lector de este texto habrá detectado ya en esta argumentación algunas

---

<sup>8</sup> Respecto a la libertad que se despliega gracias al ejercicio mayúetico, Cfr., Juliana González, *Op. cit.*, p. 60: Y sobre todo, el *ethos* es naturaleza y por ende destino y necesidad precisamente porque conlleva su propia forzosidad. Porque implica, como lo vio Sócrates, un *daimon* o *daimonon*, una fuerza superior, determinante, que obliga a actuar en un cierto sentido y no en otro. La libertad es ella misma una forma de fatalidad. El hombre moral también está atado, forzado a los imperativos de su propia conciencia, a la necesidad de sus principios. Es el hombre que radicalmente “hace lo que quiere” y que, a la vez, ya no puede hacer cualquier cosa: tiene un destino, una “misión” que cumplir, queda esclavizado a su voz interior, a su vocación, a su llamado de autosuperación.

resonancias socráticas, collianas, quizá bergsonianas o foucaultianas. ¿Podría ser de otra manera? Si la filosofía está viva, es porque las doctrinas de los filósofos en los que se encarna y vibra, aparecen como ventanas para interrogar nuestra propia forma de ser. Si vale la pena estudiar filosofía, es para hacer de las doctrinas de los propios autores puertas para transitar por los caminos de nuestra propia cultura. Si la filosofía es algo más que un índice temático, es porque nos ayuda a plantear los problemas a partir de los cuales nos podemos conocer a nosotros mismos. La filosofía como arte del preguntar busca hacer de los filósofos (desde los contemporáneos, hasta los más arcaicos) amigos con los cuales dialogar, amigos con quien compartir el camino y crecer: así, Heráclito, Sócrates, Platón, Agustín, Spinoza, Marx, etc., prácticamente cualquier filósofo de envergadura que no sea reducido a un ciego instrumento de una ideología (constituyéndosele como una verdad-mentira), puede ser tomado como una doctrina-pregunta a partir de la cual sea posible alcanzar un ángulo de visión sobre nuestro presente, de modo que liberemos al pensamiento mismo de la servidumbre y la pasividad, y le brindemos un espacio virgen para realizar lo que más anhela y más teme, que es su propia vocación como pensar. Pero apuremos ya estas reflexiones, el tiempo lo exige, y revisemos más bien *La Historia de la preguntas ¿por qué? Una historia de la filosofía para niños*, justo bajo el firmamento de reflexiones que levanta la propia concepción de la filosofía como arte del preguntar.

*La historia de las preguntas ‘¿por qué?’* es un libro que presenta un ameno recorrido a través de la historia de la filosofía. En cada capítulo, con un lenguaje sencillo y una prosa divertida, se describe una situación determinada, ante la cual el filósofo que es estudiado (cada capítulo esta dedicado a un autor), al ser tocado en su más íntima curiosidad, se hace justo la pregunta *¿por qué?* De este modo, cuando se presenta la doctrina del filósofo que se revisa, ésta aparece precisamente como respuesta a su pregunta misma y siempre en relación a la propia situación en la que se encuentra inmerso: la pregunta *¿por qué?*, toda vez que se constituye como horizonte en el que se desenvuelve la actividad filosófica de los autores que se abordan, refleja una forma de hacer filosofía en la que los conceptos que se levantan como verdad, son siempre consecuencia de una pregunta peculiar, de problematizar o poner en tela de juicio un objeto o situación determinada, y no resultado de la transcripción o copia mecánica de un recetario o catálogo de nociones esquemáticas, frías, que no tengan vínculo alguno con un contexto que les dé un contenido y una significación. La pregunta *¿por qué?* asegura que las doctrinas de los autores sean doctrinas vivas, doctrinas que involucran el carácter del filósofo que se revisa y el color de los tiempos que le tocó vivir. La propia pregunta *¿por qué?* aparece como hilo conductor de los diferentes capítulos que le dan cuerpo al texto, pues en ocasiones los autores se encuentran ante situaciones similares y, antes de responder a la misma, pasan revista a las doctrinas de los autores que les precedieron. De igual manera, la

mencionada pregunta resulta un resorte de la reflexión filosófica del lector del texto, del propio niño que se enfrenta a la voz del narrador que le pide su opinión y su punto de vista ante las diversas encrucijadas en las que se sitúan los autores que son abordados. *La historia de las preguntas ¿por qué?* aparece como una historia de la filosofía que invita a sus lectores a ver en la filosofía no una colección de verdades que haya que memorizar, sino más bien *un arte del preguntar*, del cual han de salir las propias verdades y las doctrinas que nutren el propio *corpus* de la filosofía.

Permitamos que *La historia de las preguntas ¿por qué?* hable por sí misma y muestre el resultado tanto de los supuestos éticos y epistemológicos, como de las cauciones metodológicas con los que está escrito. Para ello, abordemos por un lado el capítulo del propio Sócrates, aprovechando las reflexiones sobre la filosofía como arte del preguntar y, por otro, el capítulo dedicado a Marx.

Sócrates. (470/469-399 a. C.)

Sócrates a diferencia de Heráclito, no era una persona huraña, a la que le disgustara convivir con los hombres. Al contrario, Sócrates pasaba la mayor parte de su tiempo en la ciudad de Atenas, y justamente su entretenimiento preferido era conversar con todas las personas que encontraba por la calle.

A Sócrates, como a todos los filósofos, le interesaba conocer los secretos de la naturaleza, saber de qué está hecho el mundo, y cómo y por qué las cosas se mueven. A Sócrates le daba curiosidad conocer el ritmo de las estaciones, y estudiar las estrellas y las constelaciones que éstas forman en el cielo. Sin embargo, al mismo tiempo, le causaba mucha preocupación conocer el carácter de los hombres de su ciudad.

En eso, parece que el mundo no ha cambiado mucho. Aunque en la época de Sócrates, como ahora, había gente muy buena y honesta; también había borrachos que se enojaban, sufrían y hacían sufrir a los demás cuando tomaban vino; esposos iracundos que golpeaban a sus mujeres; políticos y gobernantes corruptos que se enriquecían con lo que no les pertenecía.

A Sócrates le asombraba mucho ver cómo algunos hombres podían tener tan mal carácter, y ser tan borrachos o ladrones.

¿Conoces a alguien que tenga mal genio, que sea muy enojón, que siempre esté triste, o que no pueda dejar de decir mentiras? ¿Tú por qué crees que la gente puede tener mal carácter?

Bueno, Sócrates pensaba que a la gente se le hacía malo el carácter, porque se preocupaba demasiado por sus pertenencias, o por su imagen ante los demás, o porque gozaba en exceso de ciertas cosas, como del vino por ejemplo. Esta preocupación se volvía tan fuerte en algunos, que empezaban a mentir, a robar, a hacer mal a los otros y a sí mismos, y no lo podían evitar. Y terminaban por ser esclavos de sus propios vicios y sus propias pasiones.

¿Tú tienes algún amigo o conoces a alguien que no le guste compartir sus juguetes o sus cosas, que los quiera tanto que no los preste y termine jugando solo porque



nadie quiera estar con él? ¿Tienes algún familiar o amigo muy presumido, que se cree mucho por lo que tiene, y que justamente por presumido le cae mal a la gente?

Sócrates, como ya hemos dicho, se interesaba por el carácter de las personas, y por eso le gustaba conversar con todos los que encontraba por la calle.

Iba a la plaza, y ahí abordaba al político del gobierno, que por cierto era muy ladrón y corrupto, e irónicamente le preguntaba: “señor político ¿qué es la justicia y la política?” Al principio el político respondía con lo primero que se le ocurría, para tratar de salir del paso, pero Sócrates insistía, y como el político no sabía responder, ya que únicamente se dedicaba a robar, se molestaba mucho y se enojaba con Sócrates que lo hacía quedar en ridículo.

Sócrates se dedicaba a hacer lo mismo con el comerciante, el guerrero y el maestro. A todos les preguntaba en qué consistía su trabajo y de qué se trataba, y como ninguno sabía, pues el comerciante sólo trataba de estafar a las personas; el guerrero hacía mal uso de sus armas; y el maestro sólo regañaba a sus alumnos; todos se enojaban con Sócrates y ya no querían hablar con él. En ocasiones algunos le decían a Sócrates que si era tan sabio, que fuera él mismo quién respondiera a sus propias preguntas. Entonces Sócrates les decía, con un tono entre humilde y burlón, que él no sabía nada, que no era un sabio, sino que quería aprender, y que más bien deberían ser ellos, los propios ciudadanos, sobretodo si ocupaban cargos en el gobierno, los que tendrían que responder a sus preguntas. Algunas veces la discusión se acaloraba, porque Sócrates ponía en evidencia que la gente no sabía en que consistían sus trabajos y se conformaban con meras opiniones que eran muy fáciles de rebatir.

No es que Sócrates no tuviera amigos, sólo que era muy difícil sostener su conversación, porque siempre interrogaba a todo el mundo sobre su carácter. Como decíamos, al político le preguntaba qué era la justicia, para que tratara de ser un buen político y ya no fuera corrupto. Al guerrero le preguntaba qué era la valentía y la defensa de la patria, para que ya no abusara con sus armas de los ciudadanos libres que vivían en la ciudad.

Sócrates se daba cuenta de que casi nadie podía responder a sus preguntas, porque la mayoría de la gente tenía mal carácter y, como hemos dicho, era esclava de sus riquezas, sus pasiones y sus vicios; no era dueña de sí misma y no hacía bien sus trabajos.

Cuando Sócrates encontraba a alguien que tenía buen carácter, que hacía su trabajo no para volverse famoso, o muy rico, sino por el gusto de hacerlo bien, decía que era una persona que practicaba la ‘virtud’.

La virtud, decía Sócrates, es justo la capacidad de ser dueño de uno mismo.

Aquí tal vez te preguntarás: ¿cómo es que la gente se vuelve virtuosa? ¿Acaso Sócrates le podía enseñar a todo el mundo lo que es la virtud? ¿Cómo es que Sócrates podía convencer al comerciante ladrón, de que no era bueno estafar a la gente; y al político corrupto, de que no debería decir mentiras?

Cuando Sócrates le preguntaba al político ¿qué es la justicia?, y al guerrero ¿qué es la valentía?; en realidad nunca les decía las respuestas a estas preguntas, sino que hacía que la gente las tratara de encontrar por su propia cuenta.

Sócrates creía que si la gente era sincera consigo misma, podía saber la respuesta de lo que era su trabajo, o saber cuándo hacía mal las cosas, y así, tener buen carácter, ser virtuosa y feliz.

Sócrates pensaba que todos los hombres tenemos una vocecilla interior, como la conciencia, o como Pepe Grillo (el amigo de Pinoccio), que nos dice qué es lo que está bien, o lo que está mal; una vocecilla interior que nos dice cuándo somos poco honestos, cuándo decimos mentiras o cuándo somos perezosos. Para Sócrates la gente tiene vicios y hace el mal por ignorancia, por no escucharse a sí misma, y por no ser fiel a su propia voz interior.

¿Tú no crees que un borracho, que sufre mucho cuando bebe, no sabe en el fondo de sí mismo que no debería beber? O tú por ejemplo, cuando dices una mentira, aunque saques provecho de ella, o cuando algo te da envidia o eres presumido, ¿no sabes en el fondo de tu conciencia que esas acciones y esos sentimientos no son buenos, y que se necesita valor para reconocerlos y cambiarlos?

Bueno, a esto se refería Sócrates cuando decía que los hombres tenemos una vocecilla interior, que es como nuestra conciencia; y que si somos sinceros y valientes, y la escuchamos, es que podremos hacer el bien y ser dueños de nosotros mismos, es decir, ser virtuosos y felices, porque estaremos contentos y satisfechos con lo que hacemos y con lo que somos.<sup>9</sup>

Marx. (1818-1883)

Carlos Marx vivía en una ciudad en la que había fábricas muy grandes. En ellas trabajaban muchos obreros. Todos los días, a las 6:45 de la mañana, sonaban los silbatos, en señal de que era hora de trabajar. Entonces los obreros entraban a las fábricas, se ponían sus uniformes y comenzaban a hacer sus tareas.

Los experimentos e inventos de muchos filósofos y científicos, como Occam, Leonardo y Bacon, hicieron posible que se crearan grandes fábricas, para producir productos en enormes cantidades, como zapatos, sombreros, herramientas y armas.

Las ciudades en la época de Marx crecieron mucho, pues se llenaron de largas naves y bodegas industriales. Además, se derribaron las murallas que algunas todavía tenían, para facilitar la construcción de anchas avenidas y estaciones de ferrocarril, promoviendo así el comercio y el transporte de mercancías.

Marx caminaba todas las mañanas por las calles de la ciudad y veía cómo los obreros formaban largas filas para entrar a sus trabajos. Se quedaba sentado frente a la entrada, y veía que más tarde, cuando ya no hacía tanto frío, llegaba el dueño de la fábrica en un coche muy elegante, y entraba por una puerta especial sólo para él.

Después en la tarde, Marx notaba cómo el dueño iba a comer con su familia a un restaurante muy fino, y ya no regresaba a la fábrica; mientras que los obreros salían de trabajar a las 8:00 de la noche, y sólo habían tenido un pequeño almuerzo a mediodía.

---

<sup>9</sup> Ezcurdia, José, *La historia de las preguntas ¿por qué? Una historia de la filosofía para niños*. FONCA/Torres Asociados, p. 49.

Marx se decía a sí mismo; “Cuando Bacon comenzó a hacer sus experimentos para crear ingeniosas máquinas, tenía la ilusión de que las máquinas y las fábricas harían que los hombres tuvieran una vida más fácil, pero lo que veo es que la mayoría de los hombres trabajan más que cuando eran campesinos, y los únicos que disfrutan son los dueños de la fábrica”.

Marx seguía pensando: “A los obreros les deberían pagar más por su trabajo y deberían de trabajar menos horas. El dueño vende todas las cosas que produce la fábrica con el trabajo de los obreros, como zapatos y herramientas, y a los obreros no les toca nada de esas ventas”.

Marx veía que los dueños de la fábrica, al tener el dinero que resultaba de vender las mercancías, podían mandar a sus hijos a la escuela, viajar mucho y conocer otros países, ir al doctor cuando estaban enfermos, y comprar lujosos coches, ropa elegante y enormes mansiones. En cambio los obreros tenían que hacer que sus hijos trabajaran desde chicos, no fueran a la escuela y que por ello se quedaran burros e ignorantes porque no sabían leer ni escribir. Además, los obreros tenían que trabajar todo el año y no tenían vacaciones, y como les pagaban muy poco, no les alcanzaba para pagar el doctor cuando se enfermaban, y tenían que vivir en unas barracas muy feas y sucias, en las que les daba frío en las noches.

¿A ti te parece justo que los dueños de las fábricas tengan muchas comodidades y lujos, y vayan a la escuela y al doctor, mientras que los obreros sean pobres, y tengan que vivir miserablemente? ¿Crees que es justo que los dueños de la fábrica se queden con lo que produzca la fábrica, lo vendan, y que del dinero que resulte de ello, no le toque nada a los obreros?

Marx se acordaba de Platón y de la filosofía del buen y del mal amor, y se daba cuenta de que los dueños de las fábricas trataban de llenar sus vidas y satisfacer sus deseos comprando grandes casas y coches elegantes; y no le parecía justo que para ello se aprovecharan de los obreros que a penas y podían sobrevivir.

También se acordaba de San Agustín y el cristianismo, que decían que los hombres se deberían amar los unos a los otros, para que todos se ayudaran, todos tuvieran que comer y pudieran gozar de una vida buena.

Sin embargo, Marx se daba cuenta de que los dueños de las fábricas, no querían dejar sus lujos y su dinero para que todos fueran felices.

Marx pensaba en ¿cuál sería la solución para que los obreros tuvieran un salario justo por su trabajo, y pudieran vivir bien? Marx creía que el progreso de la modernidad, que todos los inventos y las máquinas, sólo provocaban que unos hombres, los dueños de las fábricas, se volvieran más ricos, y otros, los obreros, fueran más pobres.

¿Crees que el progreso que ofrece la modernidad, necesariamente hace a todos los hombres felices?, ¿piensas que el hecho de que haya aviones y trenes, implica que todo el mundo va a poder viajar; y que el hecho de que haya fábricas, quiere decir que todo mundo va a tener qué comer y un doctor que lo cure de sus enfermedades?

Entonces Marx se dijo a sí mismo: “si los dueños de las fábricas se quedan con el dinero que producen las mercancías, y no le dan nada a los obreros, lo que se

necesita es que las fábricas tengan dueños nuevos, o sea, que los obreros sean los dueños de las fábricas”.

Marx decía que los obreros debían ser los dueños de las fábricas, y de lo que éstas producen, para que a la hora de que reciban el dinero por vender la mercancía, lo repartan justamente entre todos.

¿Te parece bien que los dueños de la fábrica sean los obreros?, ¿crees que de esa manera todos van a recibir lo justo por su trabajo?

Además, pensaba Marx, los obreros, ahora dueños de la fábrica, se encargarían de que sus hijos fueran a la escuela, y de que todo mundo tuviera un doctor y una casa que, aunque no fuera muy grande, fuera muy bonita.

Sin embargo, los dueños de las fábricas no estaban de acuerdo con que los obreros fueran los nuevos dueños, por lo que contrataron policías y soldados, para que encarcelaran a los obreros.

Los obreros, a su vez, se organizaron en sindicatos para formar grupos muy grandes que exigieran su derecho a ser los dueños de las fábricas y recibir un salario justo.

Y bueno, empezaron duras peleas entre los obreros y los patrones, por ver quién era el dueño de las fábricas.

Marx pensaba que si había una revolución, y todos los obreros de todas las fábricas gobernaban al país y eran propietarios de la industria, todo mundo tendría casa, escuela, educación, salud, y todo lo que se necesita para llevar una vida digna. ¿Qué piensas de las revoluciones? ¿Crees que son buenas? ¿Te parece bien que los obreros se levanten en armas para exigir ser dueños de las fábricas y gobernar el país?<sup>10</sup>

*La historia de las preguntas ¿por qué?* es un libro que, mediante un recorrido a través de la historia de la filosofía, busca que los niños (y sus papás) no sólo conozcan de manera amena y divertida algunos aspectos de las doctrinas de los principales filósofos de la tradición, sino que establezcan un diálogo con ellos, poniendo en tela de juicio sus propias doctrinas, creando de este modo un espacio para pensar: *La historia de las preguntas ¿por qué?* no es un recetario de verdades que sus lectores han de memorizar, sino más bien pretende dar lugar a un tejido de vivencias, razonamientos e intuiciones a veces contrapuestos que, al tener como hilo conductor a la propia pregunta ‘¿por qué?’, hace justo del arte de preguntar el principio para cultivar la reflexión. Seamos considerados con los niños. No pretendamos enseñarles de cabo a rabo el *corpus* platónico u aristotélico... Mejor acerquémoslos dulcemente a la filosofía desde la perspectiva más humilde —y no por ello menos rica— de lo que ésta nos deja preguntar, y por ello también soñar...

*La historia de las preguntas ¿por qué?* pretende expresar a cabalidad las directrices fundamentales de la filosofía como arte del preguntar. En ese sentido su cometido es generar en sus lectores un pensamiento crítico, un

---

<sup>10</sup> Ezcurdia, José, *Op. cit.*, p. 143.

pensamiento en el que vaya no sólo la razón, sino el alma misma del hombre, un pensamiento en el que —contraviniendo toda moral pasiva y toda verdad-mentira—, esté en juego la forma del hombre que se gana como hombre, la forma del hombre valiente que se sobrepasa a sí mismo y hace el esfuerzo por preguntar... y por vivir...